



Consejo Latinoamericano de Iglesias  
[www.claiweb.org](http://www.claiweb.org)

# Curso de Diaconía Ecuménica

---

**I. La diaconía ecuménica tiene que responder a nuestros contextos locales y mundiales.**

---

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

# CURSO DE DIACONÍA ECUMÉNICA



Reconciliadora, Compasiva, Transformadora, Profética,  
Procuradora de justicia

## PRIMERA AFIRMACIÓN

**La diaconía ecuménica tiene que responder a nuestros contextos locales y mundiales.**

Comenzamos con esta afirmación porque nos obliga a describir específicamente nuestros contextos presentes y, por lo tanto, a identificar la forma particular que debe adoptar la diaconía ecuménica a fin de responder fielmente a esos contextos.

El énfasis en la dimensión profética, por ejemplo, responde directamente a las experiencias de aquellas iglesias que acompañan las luchas contra las injusticias sistémicas en nuestro contexto actual. Otra dimensión específica de nuestra realidad consiste en reconocer la esencial interrelación entre los contextos locales, regionales y mundiales o globales.

Nuestra comprensión de la diaconía tiene que estar moldeada por la cambiante situación mundial.

Comenzaremos con la afirmación teológica según la cual nuestra comprensión de la diaconía tiene que estar moldeada por la cambiante situación mundial. Atestiguamos que Dios está presente y actuante en situaciones históricas específicas. La Biblia da testimonio de las acciones salvíficas y redentoras de Dios en respuesta a situaciones concretas de opresión y dominación. El ministerio y la vida de Jesús se dirigieron específicamente a las necesidades generadas por realidades espirituales, religiosas, psicológicas, sociales, económicas, políticas y militares específicas. La encarnación constituye la irrupción misma de Dios en un contexto humano específico. Es el mundo el que establece la agenda para nuestro servicio de entrega y amor por el prójimo. La

acción del Buen Samaritano fue una respuesta específica a las realidades de su contexto.

Las complejidades del mundo exigen de nosotros ejercer nuestros ministerios de servicio con clara conciencia de las realidades sociales, políticas, económicas, militares, ecológicas, religiosas y espirituales de nuestro contexto.

Un servicio fiel y verdadero requiere de una comprensión adecuada de nuestros contextos, tanto del contexto local como global. Tenemos que comenzar como lo indicó Jesús, es decir, “leyendo los signos de los tiempos”. El testimonio bíblico está fundamentado y enraizado en el amor de Dios que se manifiesta en nuestra historia. Se nos ha llamado a ser “mansos como palomas y astutos como serpientes”. Las complejidades del mundo exigen de nosotros ejercer nuestros ministerios de servicio con clara conciencia de las realidades sociales, políticas, económicas, militares, ecológicas, religiosas y espirituales de nuestro contexto. Sin una lectura clara del contexto, podemos hacer más mal que bien. Podemos perder la oportunidad de ayudar a aquellos que están realmente necesitados. Podemos incluso fortalecer el mismo sistema que produce la miseria y que estamos combatiendo.

La Iglesia como *Cuerpo de Cristo* está llamada a valorar todas las partes de este *Cuerpo*. Necesitamos conectar nuestra realidad con la realidad de los otros para comprender el todo y discernir dónde y cómo nos llama Dios a servir. Pablo nos recuerda que, cuando “una parte del cuerpo sufre, todo el resto sufre con ella”. Necesitamos escuchar las voces de las regiones de todo el mundo para ver claramente nuestro contexto, para relacionar nuestros contextos locales con la perspectiva global. El énfasis del Consejo Mundial de Iglesias sobre el Evangelio y la Cultura nos ha ayudado a ver y valorar la manera en que Dios trabaja en culturas diferentes y a través de ellas.

Un poderoso testimonio de la contextualización es la existencia de los cuatro evangelios: cuatro testimonios de una misma y única verdad de las Buenas Nuevas, cada uno expresado en un contexto específico, cada uno dirigido a un grupo específico.

¿Cuál es, entonces, nuestro contexto global y en qué forma configura las demandas para la diaconía ecuménica?

Después de la Asamblea General de Harare, uno de los cuatro temas que da expresión al Consejo Mundial de Iglesias como una comunidad de iglesias es el de “testimonio y servicio en medio de la globalización”.

La globalización es una realidad compleja con muchos efectos y consecuencias, y si bien reconocemos que algunos ven beneficios positivos en ella, una multitud de voces alrededor del mundo dan testimonio del hecho de que la globalización se experimenta, predominantemente, como un proceso que excluye, margina y fragmenta a las comunidades.

Un documento fruto de la “Conferencia Global sobre la Globalización Económica: la Isla de la Esperanza”, realizada en Fiji en 2001, describe el impacto de la globalización *económica* como sigue:

“En medio del incremento de rápidos y plenos avances tecnológicos y de las exportaciones orientadas al crecimiento (devaluación, zonas de exportación, etc.) encontramos una profundización de la pobreza y del desempleo (“crecimiento del desempleo”), una desigualdad intolerable, la destrucción de los sistemas en los que se sustenta la vida y una continuada exclusión y marginación. El número de pobres absolutos en el sur de Asia se ha duplicado en menos de tres décadas. Aunque la pobreza ha disminuido en Asia Oriental, el número de pobres absolutos es de unos 278 millones, una cantidad superior a la población de Estados Unidos.

“África y sus pueblos ejemplifican el caso extremo de exclusión y penuria. La degradación ambiental ejerce una presión adicional sobre las comunidades pobres. En África existe una enorme población en sufrimiento. La situación se agrava aún más por la epidemia de VIH y SIDA. La cifra de personas que ganan menos de un dólar por día supera los 1.5 billones de personas de entre las cuales, las mujeres constituyen el 70%. También en los países industrializados la gente está siendo víctima, de manera creciente, de la globalización económica...

“Mientras que los países en desarrollo se hunden más y más profundamente en la deuda, el valor de las transacciones de capital financiero desvinculadas de la producción supera los 600 trillones anuales. Este juego continúa, a pesar de que la crisis del Asia Oriental todavía no terminó, y de que países como Argentina, Turquía, Brasil, Colombia, Perú e Indonesia enfrentan serias crisis relacionadas con el intercambio extranjero y la deuda...

“El flujo de capital del Sur al Norte en razón del pago de la deuda, las regalías, el robo de cerebros y el intercambio desigual en el comercio alcanza los 500 billones [...] Por intermedio de su poder de veto y su control, Estados Unidos y otros países del G7 manejan el Fondo Monetario

Internacional y el Banco Mundial en una forma substancial [...] en su calidad de superpotencia militar y con el apoyo político del G7, Estados Unidos es virtualmente el gendarme del planeta y controla el imperio del capital financiero [...] ello constituye el telón de fondo de la crisis de gobernabilidad que enfrentan los Estado-nación hoy [...] al reducir los gastos en educación, salud o seguridad social, o abdicar de su responsabilidad respecto de las utilidades públicas [...]

“La juventud se ve particularmente afectada [...] Las mujeres son las víctimas principales de la globalización, lo mismo en el Norte que en el Sur [...]

“Los devastadores efectos sociales vienen acompañados por la destrucción del medio ambiente [...]”

Este severo y multifacético cuadro muestra las voces de los participantes que representaron a 29 países y contextos diferentes. Incluso con todos esos detalles, no llegan a describirse en él todos los impactos de la globalización económica y mucho menos los rostros de violencia y las amenazas a la vida que caracterizan nuestro contexto global. Las enfermedades, particularmente la pandemia del VIH/SIDA, amenazan las vidas y el futuro de todo un continente y continúan expandiéndose a escala planetaria.

A la rapaz destrucción y dominación de un sistema global económicamente injusto, debemos añadir el peso de un control militarizado global a partir del 11 de septiembre. Un país, apoyado por sus aliados, pretende dictar los términos de la política mundial para todo el planeta y ha repudiado el derecho internacional, en favor de la ley del más fuerte. En este contexto, tenemos que hacer referencia a la persistente realidad de la violencia interreligiosa en un mundo nuevamente polarizado. La llamada “guerra contra el terror” sirve ahora para justificar la dominación virtual del planeta. Algunos han calificado esta situación de “golpe de estado global”.

Es difícil hacerse cargo de la amplitud y urgencia de esta situación. Es algo prácticamente increíble. Cuando miramos en torno nuestro a través de los ojos de aquellos que sufren, es difícil aceptar que nosotros mismos tenemos que ver con todo esto. Que algunos de nosotros permitimos que todo esto ocurriera.

Vemos incontables amenazas a la vida y un deterioro constante de la existencia en todas sus formas. Si tuviéramos que identificar un denominador común para este conjunto de circunstancias, lo llamaríamos “*desprecio* por la vida del otro”. El “otro”, nuestro prójimo en términos bíblicos, es ignorado social y

políticamente, económicamente excluido o subyugado sexualmente. Si el “otro” no es sujeto de explotación, entonces, simplemente, no existe.

Al mismo tiempo, es difícil evitar la sensación de que aquellos que tienen el control del mundo están conduciendo la humanidad a las cadenas de la más brutal explotación organizada internacionalmente. Nunca fue tan evidente el hecho de que unos pocos viven bien a expensas de las vidas y la dignidad de la mayoría. Las situaciones de pobreza y deshumanización que nos asustaban treinta años atrás son peores hoy y continúan cayendo en lo que parece a todas luces un abismo insondable.

Cuando decimos que el mundo establece la agenda para la diaconía ecuménica, afirmamos que nuestro servicio a nuestros prójimos en el contexto de un desprecio sistémico por la vida tiene que hablar a la totalidad de nuestro contexto. No podemos servir localmente ignorando el contexto global o desvinculados de él, sabiendo que cada situación local está moldeada por el impacto de las fuerzas globales descritas en los párrafos precedentes. Tampoco podemos responder solamente desde la fe a las realidades sistémicas y globales, sin una auténtica compasión por aquellos que sufren y por quienes se atreven a crear islas de esperanza en un océano mundial de desesperanza.

Los signos de los tiempos revelan mucho más que la realidad de un mundo en peligro. La vastedad de las amenazas a la vida y la dominación sistémica configuran los contornos de la sociedad humana y del planeta. Muchos creen que esta nueva realidad tiene que entenderse como la emergencia de un nuevo imperio. En tiempos del Imperio Romano, el imperio tenía muchos aliados y estados-clientes; regía militar, política, social, religiosa y económicamente. Y, algo por cierto sumamente chocante, el Imperio Romano prometió y realizó, según su propia definición, la paz mundial: la *Pax Romana*. El nuevo imperio es más complejo. La dominación del mercado globalizado y de las fuerzas del capital especulativo y las corporaciones transnacionales, sumadas al poder militar y político de Estados Unidos constituyen una nueva manifestación de ese “imperio”. Éste, no obstante, parece y actúa como un imperio. No todos estarán de acuerdo con esta “lectura” de los signos de los tiempos. Pero cualesquiera sea nuestra perspectiva, es imperativo que aceptemos la nueva realidad de una sola y única superpotencia que reúne los poderes económico, político, religioso y militar en defensa de sus propios intereses y de los de sus aliados.

Muchas voces en el mundo denuncian hoy a un mercado que se presenta a sí mismo como un dios, exigiendo sacrificios humanos y obediencia, solicitando

adoración y confianza a cambio del bienestar económico. El imperio ha extendido su presencia incluso a la esfera de lo religioso. La consulta de iglesias de Europa central y oriental realizada en Budapest en junio de 2001, nos llamó a servir a Dios y no a Mamón, a resistir y a oponernos a los valores y atribuciones del mercado. Hay un notable grupo de comunidades que nos llaman asimismo a rechazar la falsa paz del mercado y la falsa paz del imperio. En términos bíblicos y a partir de sus propias experiencias, esas comunidades nos advierten que no debemos gritar “paz, paz, cuando no hay paz”; y nos advierten contra aquellos que “atienden con ligereza las heridas de mi pueblo”, en contraste con un Dios que “escucha el clamor de su pueblo”. El desafío y la lucha fundamental para las iglesias en su vida y en su servicio consisten en cómo vivir en el contexto de un imperio que amenaza la vida y al mismo tiempo promete la paz. La mayor de todas las tentaciones que afectan directamente nuestra opción para la entrega y el servicio a nuestros prójimos es la de creer que la *Pax Romana* (Americana) puede coexistir con la *Pax Christi*.

El *shalom* o la paz de Cristo es la paz de una vida abundante fundamentada en el respeto al conjunto de la comunidad de vida. Esa paz promueve una cultura del cuidado mutuo y del compartir, basada en la justicia. Sus valores son un reflejo del cuidado de Dios por la creación y de las enseñanzas de Cristo de amarnos los unos a los otros y hacer justicia a los pobres, parafraseando una afirmación de la mencionada Conferencia Global sobre la Globalización Económica: la Isla de la Esperanza.

La lectura de los signos de los tiempos reafirma por qué la diaconía ecuménica no puede ignorar las causas fundamentales del sufrimiento de aquellos a quienes busca servir. La diaconía no puede desvincularse de la paz, la justicia y la transformación. El reinado de Dios se presenta en total y abierta contradicción con la *Pax Romana*.

La lectura de los signos de los tiempos reafirma por qué la diaconía ecuménica no puede ignorar las causas fundamentales del sufrimiento de aquellos a quienes busca servir. La diaconía no puede desvincularse de la paz, la justicia y la transformación. El reino de Dios se presenta en total y abierta contradicción con la *Pax Romana*. Jesús vino *a servir* y no *para ser servido* y dio su vida para rescatar a muchos: su servicio amoroso ocurrió siempre en el contexto del anuncio e introducción del reino de Dios, que se levanta en radical contraste con la *Pax Romana*. El reino de Dios se presenta como una alternativa al *reino* del desprecio por la vida de nuestros hermanos y hermanas y del planeta.

La consulta sobre diaconía realizada por el Consejo Mundial de Iglesias en Lárnaca en 1986, afirmó con mucha fuerza el testimonio de la iglesia local en la diaconía. Ello constituye una afirmación de la necesidad de honrar la diversidad de los contextos, como la de los temas específicos que deben ser abordados. Esa afirmación también reconoció la contribución al todo que proviene de cualquiera de los miembros del cuerpo y de todos ellos. Es, además, un reconocimiento de que se puede resistir a las fuerzas sistémicas y globales que amenazan la vida y derrotarlas, mediante acciones de pequeña escala que abren espacios para la vida y construyen islas de esperanza. Frente a la realidad del imperio y del exilio, en su carta a los hebreos exiliados, Jeremías les exhorta a actuar en su contexto, a buscar la paz de la ciudad en la que habitan (Jer. 29).

Otro testimonio de la diversidad de la diaconía ecuménica es la reaparición de la práctica diaconal por parte de las iglesias ortodoxas en la Europa oriental. Un nuevo contexto ha permitido la renovación del ministerio diaconal en esas iglesias.

Nuestro contexto se estremece con muchos otros testimonios de esperanza contra toda esperanza. Frente a un sistema que destruye las comunidades, las iglesias y las comunidades locales defienden, afirman y anuncian que la solidaridad y el amor entre los seres humanos son valores centrales de la vida.

El documento de la “Conferencia Global sobre la Globalización Económica: la Isla de la Esperanza” comparte los testimonios de gente que, alrededor del mundo, ofrece una visión alternativa y reafirma el llamado a amar y servir a los demás. Nuestro contexto está fecundado con el don divino de la esperanza en el poder de la resurrección, y en tal contexto recibimos el testimonio de esperanza y de valor de aquellos que luchan por una vida con dignidad. Sus testimonios muestran la realidad de la aflicción en la situación actual, así como el poder y la fuerza del amor que se ofrece en el servicio.

Tomar el contexto seriamente significa escuchar y responder a las voces específicas y diversas, y asegurar que nuestra visión del conjunto aprecia y valora profundamente todas esas voces.

Las voces y experiencias de las distintas regiones enriquecen y moldean nuestra comprensión de la diaconía ecuménica. El contexto global no puede comprenderse solo a partir de un punto de vista o de una situación social particular. Hay teologías contextualizadas de la diaconía y tienen que seguir existiendo; a la vez, la comprensión y la práctica de la diaconía en los diferentes

contextos tienen que ser consideradas a la hora de conformar una visión ecuménica común de la diaconía.

La visión holística de “islas de esperanza” —en el entendimiento de que la Tierra incluye la gente, el planeta, el mar y todos los recursos—, no es significativa únicamente para el Pacífico: es un don para todos los seres humanos y todas las regiones. *Tomar seriamente el contexto* significa escuchar y responder a las voces diversas y específicas y asegurar que nuestra visión del conjunto valora profundamente todas esas voces. Esto significa estar dispuestos a escuchar la voz de los excluidos y a prestar especial atención a aquellos marginados cuyo sufrimiento no se toma en cuenta en este mundo, marcado por el desprecio a la vida de los demás.

“Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos [...] estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos”. (2 Corintios 4, 1, 8-9)

### Diálogo con el grupo